

— Vecino mío, dijo Alegría al oído de Rodolfo, dejad que ese pobre hombre crea que le han hecho arrumacos á su mujer, pues esto le envanece. Rodolfo, lejos de desvanecer la ilusión del portero, le dijo: habéis abrazado el partido de los prudentes, que es el desprecio, y por otra parte la virtud de madama Pipelet basta contra esos ataques.

— ¡ Su virtud, caballero, su virtud! respondería de ella con mi cabeza. De la gloria del Gran Napoleón y de la virtud de Anastasia, respondo como de mí mismo.

— Y tenéis muchísima razón, pero olvidad esos tristes recuerdos, y prestaos á hacerme un favor.

— Los hombres han nacido para ayudarse, respondió Pipelet en tono sentencioso y melancólico, y mucho más con un inquilino como vos.

— Se trata de que hagáis subir á mi cuarto algunas cosas que van á traer muy pronto y que son para la familia de Morel.

— Podéis iros descuidado, caballero.

— Además sería preciso buscar un sacerdote para que velase á la niña que han perdido esta noche, dar parte de esa muerte, avisar para que se disponga un oficio de difuntos, y venga un coche decente; tomad dinero y no economiceis nada, porque el bienhechor de Morel, de quien soy agente, quiere que todo se haga bien.

— Eso correrá á cargo mío; mi mujer ha ido á la compra, y cuando vuelva haré que se quede en casa, y yo iré á desempeñar vuestros encargos.

En aquel momento un hombre embozado en su capa y á quien apenas se veían los ojos, se informó sin acercarse mucho á la portería y procurando no salir de la sombra, si la señora Gertrudis estaba en su casa.

— ¿ Venís de Saint-Denis? le preguntó Pipelet con aire de inteligencia.

— Sí, en cinco cuartos de hora.

— Esta es la seña, podéis subir. Y el embozado cogió al punto la escalera.

— ¡ Qué significa esto? preguntó Rodolfo.

— Se esta preparando alguna entruchada en el piso de la señora Gertrudis porque todo son idas y venidas, y esta mañana me ha dicho que no dejase subir á su cuarto á otras personas que aquellas que me contestasen: *Si, en cinco cuartos de hora*, cuando yo les preguntase si venían de Saint-Denis.

— Esto es un verdadero santo y seña, exclamó Rodolfo.

— Precisamente, caballero; y por esto he creído yo que se está haciendo algún enjuague en el piso de la Mad. Quiromántica, aun sin contar con que el Cojuelo que es un bergante que sirve á Mr. César Bradamanti, ha venido á las dos de la noche con una vieja tuerta á quién llaman la Lechuza, que hasta las cuatro se ha estado en el cuarto de la señora Gertrudis, mientras en la puerta la aguardaba un coche. ¿ De dónde venía ese tuerta? ¿ Á qué venía á hora tan desusada.

He aquí, añadió gravemente Mr. Pipelet, las dos preguntas que me he dirigido y las cuales no me he contestado.

— ¿ Y decís que esa mujer llamada la Lechuza se ha vuelto en carruaje á las cuatro de la madrugada?

— Sí, señor; y probablemente volverá porque la señora Gertrudis me ha dicho que la consigna no se refería á la Lechuza.

Rodolfo no vaciló en creer que la Tuerta urdía alguna nueva maldad; pero cuan lejos estaba de pensar hasta qué punto le interesaba esa trama! Volviéndose á Pipelet le dijo: quedamos corrientes; no olvidéis lo que os he encargado para esa familia de Morel, y rogadle á vuestra esposa que les haga traer una buena comida de la mejor fonda que haya cerca.

No tengáis cuidado; cuando llegue mi mujer, iré á dar parte de la muerte, á la iglesia y á la fonda: á la iglesia para el muerto, y á la fonda para los vivos: podéis darlo todo por hecho.

Al salir Rodolfo y Alegría se encontraron con la portera que venía de la compra cargada con una pesada cesta.

— Perfectamente, exclamó la portera mirando á los dos vecinos con aire picaresco y significativo: ya vais del brazo, así me gusta; los jóvenes deben divertirse: á una niña bonita un buen mozo: ¡ viva el amor! y se metió en el pasadizo gritando: no te apures, querido mío, aquí está tu mujer que te trae dulces, golosazo.

IV

EL PRESUPUESTO DE ALEGRÍA

Un viento muy frío, sustituyó á la nevada de la noche y el pavimento de la calle por lo común cenagoso, estaba casi seco. Alegría y Rodolfo se dirigieron al inmenso bazar llamado del Templo:

Ella apoyada en el brazo de su acompañante iba con él tan francamente como si estuvieran unidos con una intimidad muy larga.

— Es mujer muy original esa Mad. Pipelet, dijo la modista; ¡ se viene siempre con unas observaciones!

— Pues yo creo que tiene razón, vecinita.

— ¿ En qué?

— En haber dicho que los jóvenes deben divertirse, y que viva el amor.

— Pero bien ¿ y qué?

— Que ese es justamente el modo con que yo veo las cosas.

— ¿ Cómo así?

— Yo quisiera pasar la juventud con vos, poder gritar viva el amor, é ir á donde vos quisierais llevarme.

— Lo creo, porque no sois muy escrupuloso.



Ella apoyada en el brazo de su acompañante.

— ¿Y qué habría de malo en ello? somos vecinos.

— Si no lo fuésemos no saldría con vos de esta manera.

— Quiere decir que puedo esperar...

— ¿Esperar qué?

— Que me amaréis.

— ¡Toma! ya os amo.

— ¿De veras?

— ¡Pues claro está! Vos sois bueno y alegre; aun que pobre, hacéis, lo posible en favor de ese infeliz Morel interesando para ello á personas ricas. Vuestro rostro me es muy simpático y tenéis buen talle, lo que me agrada y lisonjea puesto que voy y muchas veces iré del brazo con vos. Me parece que todo lo dicho son razones suficientes para que os ame, y luego, interrumpiéndose para reír á carcajadas, exclamó: mirad esa mujerona con esos zapatos forrados; no parece sino que la arrastran dos gatos rabones.

— Prefiero miraros á vos, porque no podéis figuraros el gusto que me da pensar que me amáis.

— Os lo digo porque es así, y si no me gustarais os lo diría clarito. No tengo que echarme en cara el haber engañado jamás á nadie, ni de ser coqueta; cuando alguno me gusta se lo digo al instante. Interrumpiéndose otra vez y parándose en frente de una tienda, exclamó: mirad, mirad qué reloj tan bonito y qué vasos tan hermosos: ya tengo tres francos y medio ahorrados, para comprar unos iguales, y me parece que en cinco ó seis años reuniré el caudal necesario.

— ¡Economías! ¿vecina, y ganáis para tanto?

— Á lo menos franco y medio diario, y algunas veces dos: mas por prudencia nunca cuento sino con franco y medio, y por aní arreglo mis gastos.

— ¿Pero cómo podéis vivir con franco y medio?

— La cuenta es clara y os la voy á sacar al instante, porque me parecéis un poco manirroto, y esto os servirá de ejemplo.

— Vamos á ver.

— Los 30 sueldos diarios me parece que son 45 francos al mes.

— Sí.

— Es decir que gasto 12 francos para el alquiler de casa, y 23 para comida.

— ¿Coméis con 23 francos?

— ¿Por qué no? y aun habéis de convenir en que para un bicho como yo este gasto es enorme; ¡y cuidado que no me privo de nada!

— ¡Habrá glotona!

— En ese gasto va inclusa la comida de mis pájaros.

— Si el gasto es para los tres, entonces es menos exorbitante. Pero vamos á ver el pormenor diario.

— Oid: una libra de pan cuesta cuatro sueldos; dos de leche son seis, cuatro sueldos de legumbres en invierno, de fruta ó ensalada en verano; porque habéis de saber que me gusta mucho la ensalada por ser cosa muy limpia lo mismo que

las legumbres, no tiene uno que ensuciarse las manos para arreglarlas; y van diez sueldos; tres sueldos de manteca ó de aceite y vinagre son trece, y un viaje de agua elara, que si no me equivoco son quince. Añadid á esto dos ó tres sueldos cada semana de cañamones para los pájaros, que por lo regular comen algunas migas de pan con leche, y veréis que todo ello vienen á ser 22 á 23 francos mensuales.

— ¿Y nunca coméis carne?

— ¿Carne eh? ¡pues me gusta la pregunta! ¿quién puede pensar en eso cuando cuesta diez ó doce sueldos la libra? Y luego tiene una que andar por la cocina, y entra el gasto de fuego y de ollas, en vez de que la leche, las verduras y la fruta, es cosa de un momento. Hay un plato que se hace en un instante, que yo lo arreglo perfectamente y que me gusta muchísimo.

— Y qué es ello?

— Pongo algunas patatas debajo de la rejuela de la estufa; cuando están cocidas las aplasto, las echo un poco de manteca y leche, y un poquito de sal. Os aseguro que es un manjar delicioso: si sois buen muchacho os lo daré á probar.

— Arreglado por vuestras lindas manos debe de ser excelente. Pero tenemos ya 23 francos para comida, y 12 de alquiler que son 35; ¿y luego?

— Quedan de 10 á 15 mensuales para llegar á los 45 ó 50 que gano, y esos los gasto en leña y en aceite durante el invierno, y para lavar la ropa, es decir, para jabón; porque exceptuando las sábanas, yo me lo lavo todo y me sirve de distracción, con ello, además plancho muy bien, y la lavandera me costaría un ojo de la cara. Durante los cinco meses de invierno gasto una carga de leña, y de cuatro á cinco sueldos diarios de aceite: de modo que al fin del año el calor y la luz vienen á costarme 80 francos.

— De donde se deduce que á lo más os quedan unos cien francos para vestiros.

— Y de esos tengo ahorrados los tres francos y diez sueldos que os he dicho.

— Pero el vestido, el calzado y ese lindo sombrero...

— No llevo sombrero sino cuando salgo á ciertas cosas y no es gasto que me arruine pues me los arreglo yo misma. En cuanto á vestidos y calzado, ahí está el Templo.

— Tenéis razón: ¡bienaventurado Templo!... y ahí encontráis...

— Vestidos muy buenos y muy hermosos. Las señoras principales tienen costumbre de dar los trajes viejos á las doncellas; y cuando digo viejos quiero decir que los han llevado un mes ó dos metidas en el coche; y las doncellas los venden en el Templo casi por nada. Aquí tenéis éste de merino de color de pasa de Corinto que lo compré por 15 francos, y bien seguro que costó 60. Su

dueña apenas lo había llevado, yo lo acomodé á mi cuerpo y creo que está bien.

— Sí, vecina mía. Empiezo á conocer que con el recurso del Templo cien francos bastan para vestiros.

— ¿No os lo decía yo? Allí se encuentran lindísimos trajes de verano por cinco ó seis francos, y botitas como las que llevo casi nuevas por dos ó tres. ¿No diría cualquiera que se hicieron para mí? preguntó deteniéndose, y enseñando el pie verdaderamente bien calzado.

— En verdad que el pie es muy lindo, y debe costaros trabajo encontrar calzado que os vaya bien; aunque á esto podéis contestarme que en el Templo también se venden zapatos de niña.

— Sois adulador, vecino, pero confesad que una joven sola y bien arreglada puede vivir con 30 sueldos diarios. Es preciso convenir en que los 425 francos que saqué de la cárcel me ayudaron muchísimo para arreglar mi piso; y cuando vieron que tenía mi casa amueblada, esto inspiró confianza, y al fin hallé quien me diese labor para hacerla en casa, aunque hube de esperarme mucho tiempo. Por fortuna me había guardado con que vivir tres meses, sin contar con lo que ganase trabajando.

— ¿Sabéis, vecina, que á pesar de vuestro aire atolondradillo, tenéis muchísimo cálculo y muchísima prudencia?

— ¡Toma! cuando una está sola en el mundo y no quiere deber nada á nadie, no tiene más remedio que arreglarse.

— Y habéis sabido hacerlo, porque tenéis una habitación muy linda.

— ¿No es verdad que lo es? Yo no me privo de nada, y pago más alquiler de lo que me corresponde: tengo pájaros, y en verano nunca me faltan encima de la chimenea un par de ramos de flores, sin contar con las macetas de la ventana y con la de la jaula; y á pesar de eso tenía ya ahorrados tres francos y medio, para ver si con el tiempo podría llegar á poner algún adorno encima de la chimenea.

— ¿Qué se han hecho esos ahorros?

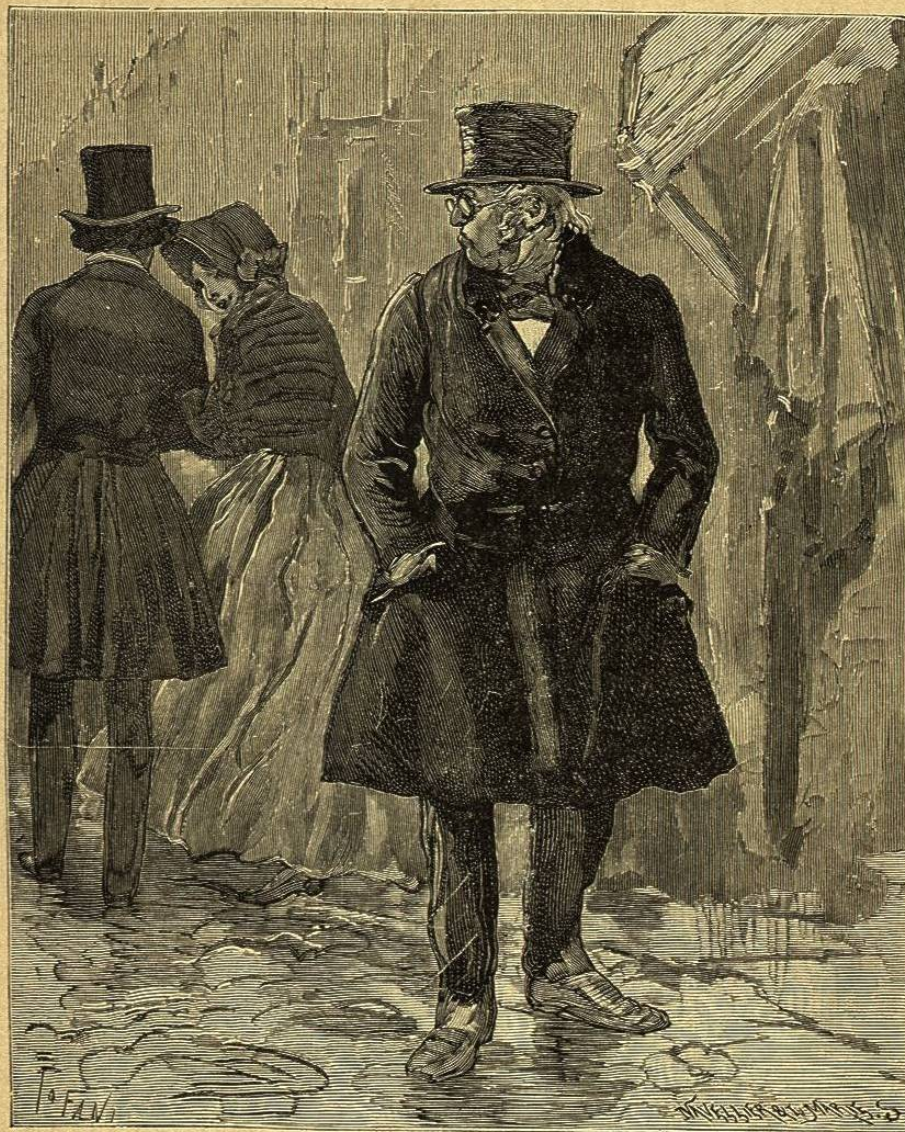
— En estos últimos tiempos vi á esa pobre familia de Morel tan desgraciada, que me pareció muy mal hecho conservar en la alcancía tres piezas de á veinte sueldos que nada hacían allí, mientras á mi lado estaba muriendo de hambre esa gente honrada, y por esto le presté los tres francos á Morel. Y cuando dije que se los prestaba fué para no humillarle, pues se los hubiera dado de muy buena gana.

— Ya, pero ahora que tienen comodidades es regular que os los devuelvan.

— Es verdad, y no los rehusaré, porque siempre será un principio para comprar esos adornos de chimenea que son todo mi capricho.

— Y luego que siempre tiene uno que pensar en el porvenir.

- ¿ En el porvenir ?
 — Sí, ¡ toma ! si cayeseis enferma...
 — ¡ Yo enferma ! y se echó á reír como una loca, pero con tal fuerza, que un



El hombre gordo prosiguió su camino refunfuñando.

hombre grueso que iba delante de ella se volvió creyendo que se burlaba de él, y la modista sin parar de reírse le hizo una reverencia acompañada con un gesto tan picarillo, que Rodolfo no pudo menos de soltar la carcajada. El

hombre gordo prosiguió su camino refunfuñando, y Rodolfo poniéndose otra vez serio, dijo á su compañera : ¡ Estais loca !

- Parte de culpa tenéis vos.
 — ¿ Yo ?
 — Sí, porque me decís tonterías.
 — ¿ Porque os digo que podríais caer enferma ?
 — ¿ Enferma yo ?
 — ¿ Y por qué no ?
 — ¿ Tengo acaso traza de eso ?
 — En mi vida he visto un rostro más fresco y de mejor color.
 — ¿ Pues entonces por qué queréis que esté enferma ? ¿ Acaso es posible eso á los diez y ocho años y con la vida que llevo ? Me levanto á las cinco en invierno y en verano ; me acuesto á las diez ó las once ; como todo lo que me pide el apetito, que en verdad no es mucho ; nunca tengo frio, trabajo todo el día, canto como un jilguero, duermo como un lirón, tengo el corazón libre y contento, estoy segura de que nunca me ha de faltar trabajo, ¿ cómo queréis que esté enferma ? ¡ pues sería cosa graciosa ! Y á todo esto continuaba riendo como una boba.

Al ver Rodolfo esta ciega y feliz confianza en el porvenir, se vituperó el haberse arriesgado á disminuirla ; mas pensaba, no sin estremecerse, que una enfermedad de un mes podría desgraciar aquella apacible y risueña existencia. Parecíale respetable y santa la verdadera fe que la modista tenía en su laboriosidad y en sus diez y ocho años que eran sus únicos bienes ; y no se crea que por parte de la joven aquello fuese indiferencia ó imprevisión, sino fe en la justicia divina que no podía abandonar á una criatura laboriosa y buena, cuyo solo defecto consistía en contar con la juventud y con la salud que Dios le daba. Cuando en la primavera las aves del cielo hienden con ágiles alas, y alegres y trinando el aire tibio y delicioso, ¿ se inquietan acaso por el sombrío invierno ?

- De manera, dijo Rodolfo á la modista, ¿ que no ambicionáis nada ?
 — Nada.
 — ¿ Absolutamente nada ?
 — No : es decir, entendámonos... los adornos para la chimenea, y los tendré no se cuándo, pero se me ha metido en la cabeza, y se hará : lo más que puede suceder es que pierda algunas noches.
 — Y exceptuando esos adornos...
 — No ambiciono nada, á contar desde hoy.
 — ¿ Cómo es eso ?
 — Porque antes de ayer aun ambicionaba un vecino que me gustase, para hacer con él lo que he hecho con los otros, ayudarle á arreglar la casa, y que él me prestase otros servicios.